

Psicología y economía, un pionero: Thorstein Veblen (La Teoría de la Clase Ociosa)

Rodríguez Kauth, Angel*
Parra, Pamela**

Resumen

Los autores intentan la recuperación de la memoria histórica de T. Veblen, a partir de sus aportes desde la economía a la psicología, de hace algo más de un siglo. Sin duda que la figura de Veblen fue pionera en este quehacer, que necesario es decirlo, ha tenido escasa difusión en el mundo académico mirada desde una perspectiva que vaya algo más allá de la “psicología del sentido común” para los hombres de negocios y las finanzas. El propósito de los autores es, básicamente, hacer un recorrido sobre la que quizás sea la obra de más vasto alcance intelectual de Veblen: La teoría de la Clase Ociosa.

Palabras clave: Psicología, economía, Thorstein Veblen, teoría de la clase ociosa.

A Pioneer in Psychology and Economy: Thorstein Veblen (The theory of the Idle Class)

Abstract

The authors attempt to recover the historic memory of T. Veblen, based on his contributions in the fields of economics and psychology, more than a century ago. Without doubt Veblen was a pioneer in this area, and it is necessary to say, he his ideas have had little diffusion in the academic world from a perspective beyond that of “common sense psychology” for businessmen and financiers. The purpose of the authors is to review what is possibly Veblen’s work of greatest intellectual impact: the theory of the idle class.

Key words: Psychology, economics, Thorstein Veblen, theory of the idle class.

Recibido: 02-11-16. Aceptado: 03-02-05

* Profesor Titular de Psicología Social y Director del Proyecto de Investigación “Psicología Política” en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nac. de San Luis, Argentina.

** Alumna Becaria del Proyecto Psicología Política.

En el presente escrito los autores harán el intento de recuperar -en la medida de sus limitadas posibilidades- el pensamiento de uno de los más eminentes sociólogos (1) producidos en el espacio de la academia norteamericana. Particularmente nos hemos de ocupar de sus desarrollos y consideraciones acerca de lo que él llamó la *Clase Ociosa* (2) objeto de análisis que Veblen tuvo la astucia y -porqué no- el genio de no solamente observar atentamente -fenómeno que seguramente muchos otros pensadores también deben haber visto- sino, fundamentalmente, la de describir y sistematizar una teoría alrededor de una formación de "clase" tan singular, como es la que representa a los sectores más notables y destacados de las burguesías y de las oligarquías existentes en la contemporaneidad de su tierra natal y del resto del mundo. De esta obra de Veblen, Jorge L. Borges, que solamente era un literato brillante, dijo que la consideraba una sátira, agregando "*Por lo demás, basta mirar de cerca una sociedad para saber que no es Utopía y que su descripción imparcial corre el albur de lindar con la sátira*" (Veblen, 1985).

Thorstein B. Veblen (1857-1929) era hijo de inmigrantes noruegos y desde la niñez tuvo dificultades para adaptarse a la doble visión que le proporcionaban sus ancestros y la de sus compañeros, habiéndose encontrado en desventaja respecto a estos últimos en el uso del idioma inglés. Posiblemente, fue esta situación de marginalidad en la que tuvo lugar su crianza lo que funcionó como uno de los incentivos principales que tuvo para tomar distancias crecientes respecto a la estructuración social vigente. Los finales vigesimonónicos fueron una época de alta agitación social y política, también en los Estados Unidos, no viéndose Veblen afuera de tales conflictos. En su formación intelectual -y porqué no también emocional- recibió la influencia de los diri-

gentes sindicales de entonces, interesándonos particularmente destacar la de aquel literato que fue U. Sinclair (1906), el cual marcó rumbos con sus escritos de apasionado contenido social denunciando la explotación de la clase obrera y los abusos del sistema industrial.

Asimismo, ya en un plano más académico, cabe hacer notar la triple influencia que recibió desde el anarquismo utópico, el marxismo y el evolucionismo darwiniano. Aunque merece hacerse notar que en momento alguno Veblen fue un recipiendario pasivo de sus lecturas, por el contrario, las mismas fueron hechas con un profundo sentido crítico, para así amalgamarlas con una penetración originalmente suya. La vena darwinista recibida por Veblen estuvo referida al escaso control que tienen los individuos sobre los procesos de cambio social. Esto le permitió saltar el exceso de importancia que el racionalismo imperante -marxistas y economistas clásicos- adjudicaba a los procesos racionales en la toma de decisiones. Al mismo tiempo rechazaba otros planteamientos del darwinismo social -tales como la selección natural y la supervivencia de los individuos más aptos- por considerarlos como tendientes a mantener y ampliar la injerencia de los valores propios de la cultura capitalista.

Sin embargo, es posible encontrar en Veblen una fuerte influencia del anarquismo utópico, sobre todo en lo que se refiere a la idílica visión del estado salvaje prehistórico, dónde no existían las jerarquías de clase social ni los Estados autoritarios ni, mucho menos, las guerras. Esta concepción paradisíaca de la prehistoria la tomó Veblen de algunos estudios antropológicos a la usanza de la época y a partir de una libre interpretación que hizo de tales informes, como así también de otros de naturaleza arqueológica. Sin proponérselo, Veblen coincidía -no explícitamente- con J.

Rousseau, cuando señalaba que los productos de la actividad humana en sociedad -como son las instituciones- son “malos” (3) en tanto que los instintos propios de los humanos son “buenos”. Por otra parte, respecto a la tercera influencia señalada -el marxismo- debe anotarse que algunas ideas de Veblen eran muy semejantes -en contenido- a las del propio Marx, en cuanto para ambos la trilogía conformada por las instituciones económicas, las clases sociales y las formas de la propiedad tienen una influencia notable en los procesos de cambio socio-histórico. También coincidían en considerar al Estado moderno como conformado por un “comité ejecutivo de hombres de negocios”, coincidiendo en su desprecio por el militarismo y la guerra.

Desde el punto de vista psicológico, Veblen se manejaba con rudimentos elementales de psicología, dándole preeminencia a los instintos y a los hábitos, aunque -quizás desconociendo la reciente obra desarrollada por Freud- es curioso que no deje de nombrar a la “horda”, a la que sin caracterizar de “primitiva” como hacía Freud (1913), Veblen le adjudica características de tal. Pese a eso, no puede dejar de considerarse a su sagacidad de observador y crítico analítico -siempre mordaz en sus juicios- como uno de los iniciadores de la psicología económica, sobre todo en lo que se refiere a los análisis -producto de la observación- que realizó acerca de las formas de consumo y, particularmente, del conspicuo u ostentoso.

Sin duda alguna que su texto *La Teoría de la Clase Ociosa* es, quizás, el que mayor difusión e influencia -para la posteridad- ha tenido en el público académico; en él se desarrolla la particular interpretación del autor acerca del origen, desenvolvimiento y mantenimiento de las instituciones sociales, hecho que según Veblen se produjo al amparo de las fuer-

zas económicas dominantes de cada momento socio-histórico. Este fue su primer libro y el único que alcanzó fama en vida de Veblen. Quizás, el término que se haya popularizado más desde la aparición de esta obra, fue el de *consumo ostentoso*, utilizado como símbolo que sirve de fiel reflejo de la competencia entre los individuos por alcanzar las metas de altas jerarquías en el sistema de estratificación social.

Para Veblen la “clase ociosa” -como creación humana a partir de una institución- ha tenido un surgimiento gradual, el cual fue ocurriendo durante el período de la transición del originario salvajismo primitivo a lo que él denomina “la barbarie” (4). Dicha clase encuentra su máximo desarrollo y expresión en los estadios superiores de la más moderna cultura bárbara -la de su contemporaneidad y también, porque no, la nuestra- tiempo en que se produce la transición de hábitos en el estilo de vida que podían ser caracterizados -para ese primer momento de la estancia del hombre sobre la tierra- de pacíficos, bucólicos (5), en su pasaje a una costumbre social de tipo belicosa. Es en ese tránsito de un estadio a otro donde se puede comenzar a intuir la distinción que va a surgir entre las diferentes clases sociales y las tareas a que cada una de éstas está asociada en el sistema sociológico estamental. La regla de oro, está en que los miembros de las clases superiores -los que mandan- no realizan tareas manuales o de producción de cualquier tipo de bienes.

En su obra de mayor divulgación y que lo hizo famoso, Veblen (1898) fijó las siguientes condiciones presentadas como necesarias para que en la historia de los pueblos tenga lugar la aparición de una clase ociosa. Ellas, sintéticamente, pueden ser presentadas de la siguiente manera:

1. La comunidad de que se trate debe tener hábitos de vida de características depreadoras -caza y guerra, esta última como una forma de proteger los cotos de caza (6) los individuos pertenecientes a las clases ociosas tienen que estar habituados -a través de la educación recibida- para infligir daños -a otros individuos de su especie, o a cualquier manifestación de la naturaleza- mediante el uso de la fuerza y merced a la utilización de cada vez más sofisticadas estrategias.
2. Asimismo, en el medio ambiente que los rodea tienen que existir buenas y seguras posibilidades de conseguir medios de subsistencia suficientemente grandes como para la mayoría de los miembros de esa comunidad -dentro del espacio físico que ofrece el hábitat natural- para así permitir que una parte considerable de la misma pueda estar eximida de dedicarse a la realización de los trabajos rutinarios y manuales.

La *clase ociosa* comprendió -en los primeros tiempos del pasaje de los estadios nómades a los sedentarios- a los estamentos conformados por guerreros y sacerdotes (7). De allí, las ocupaciones de estos pasarían a ser, fundamentalmente, el gobierno (8) la guerra, los rituales religiosos y la práctica de deportes. Estas eran tareas dignas a las que pueden ser clasificadas -en el lenguaje, siempre irónico y mordaz, de Veblen- como hazañas; a la par que resultaban indignas, las ocupaciones propias del quehacer cotidiano, todo lo cual se constituye en la base de una distinción de tipo personal-social, en los términos jerárquicos de superioridad e inferioridad de posición de clase social, tanto de pertenencia como de referencia (Merton, 1964), a la par que todo esto conlleva la atribución de características particulares de tipo intelectual a quiénes se encon-

traban ubicados en tales posiciones de *status*, -en función de los roles o papeles desempeñados- ya sean los mismos adscriptos o adquiridos.

Al haber hecho referencia a la hazaña, no podemos dejar de actualizar algunos de los dichos de Veblen para leerlos con la presentación y caracteres con que se ofrecen al analista contemporáneo. La “hazaña” fue la consecuencia de las actividades de rapiña que los hombres debieron emprender cuando chocaron con las limitaciones ambientales para poder lograr el sustento o la seguridad. Así, la caza y la lucha se fueron convirtiendo paulatinamente en las ocupaciones principales de los varones, con el exclusivo fin de proteger los dos intereses señalados anteriormente. Desde una lectura psicológica, puede leerse como una sublimación social a la prohibición -por parte de la civilización- de las formas más crueles de lucha en la vida cotidiana a partir de la creación de nuevas instituciones sociales, tales como, por ejemplo, el servicio militar -en donde los militares de carrera se rodean con lujosas pompas y entorchados que se exhiben en inútiles desfiles- y, más tarde, con la práctica de deportes riesgosos y de algunos juegos.

Ejemplo de lo anterior puede encontrarse en el origen de la mayoría de los deportes, los cuales fueron de carácter violento. La práctica del fútbol fue -y continúa siendo, pese a las reglamentaciones- un juego violento, el que se manifiesta de manera notoria fundamentalmente entre los espectadores del juego. El boxeo representa, quizás, la expresión más notoria de la violencia y, sobre él, no vale la pena ni el esfuerzo de hacer mayores comentarios. Otro tanto ocurría con los deportes ecuestres, tan comunes en el pasado, que tenían la cualidad de destacar las capacidades caballerescas de los varones. A ellos debe sumársele, en el último siglo la práctica del auto-

movilismo de competición, que ha puesto al servicio de la muerte y la desgracia humana una tecnología que fue pensada para acortar las distancias entre un punto y otro.

Según los dichos de Veblen, las características que se reconocen como de tipo sobresalientes y decisivas -para adscribir una posición de clase social a alguien o un grupo de una variada gama de actividades, o de una clase social en un estadio de cultura particular, no conservará la misma importancia relativa en los estadios subsiguientes, sino que necesariamente se han de producir cambios graduales en los criterios a tener en cuenta para la consideración de evaluación que haga “la gente” (Marín, 1993) al respecto.

De tal forma, por ejemplo la “caza” que originariamente tuvo un sentido depredador, con el tiempo se ha ido sofisticando y derivó en prácticas socializadas como pueden ser la propia caza y el tiro al blanco. Dice Veblen que *“Cuando la comunidad sale de la verdadera vida de caza, ésta se diferencia en dos aspectos distintos. Por un lado, es un comercio ejercido, principalmente, con fines lucrativos, de los que el elemento de -hazaña- está virtualmente ausente. Y de otro, la caza es también un deporte, un ejercicio del simple impulso de rapiña. Así, pues, no proporciona un incentivo económico apreciable pero contiene, en más o en menos cantidad, un elemento evidente de hazaña”*. De tal manera, cuando *“... la industria ha avanzado hasta el punto que la comunidad no depende ya para su subsistencia de la caza ni de ninguna otra forma de actividad que pueda ser calificada justamente de hazaña. Desde este momento el rasgo característico de la vida de la clase ociosa es una exención ostensible de toda tarea útil”*.

El tiro -deporte derivado de la caza- no sólo se práctica con armas de fuego sino que

ha recuperado en su quehacer el uso de armas primitivas, como la ballesta y el arco y la flecha. Otro tanto ocurre con algunas actividades atléticas, como las de “lanzamiento”, en particular de la jabalina y del disco. Sin embargo, en la actualidad son las actividades deportivas dónde el individuo puede demostrar su dominio sobre otros -animales o elementos mecánicos- como pueden ser los deportes “de a caballo” o automovilísticos los que mejor reflejan la posición de clase de algunos de sus hábitos. Esto que señalamos vale tanto para la práctica propiamente dicha de tales deportes, como para la consagración de éste como espectáculo. Aunque vale reiterar que, como tales, los mismos se han masificado y, en tanto espectáculo, ya no sirven para distinguir a los miembros de una clase social superior de otra inferior, salvo en el caso específico de algunos deportes que todavía conservan la calidad de “exquisitos” y cuya práctica o expectación puede diferenciar a los miembros de las diferentes clases.

Otro de los “juegos” que no podemos pasar por alto es el de la guerra (9) qué, sin dudas, no es un juego, pero que es tomado como tal por los sectores militares de la aristocracia y las burguesías gobernantes. Hacer la guerra era un placer dionisiaco para los aristócratas que con eso lograban los favores del pueblo llano que se entusiasmaba con sus llamados a la defensa del “honor nacional” y del territorio, aunque la campaña a la que se convocaba no fuese otra cosa que una guerra de conquista imperial. Este entusiasmo del pueblo significaba la emergencia de los arcaicos “instintos” de combate.

En la organización social primitiva, las actividades del grupo social tendían a separarse en dos categorías que, en términos modernos, podrían ser traducidas como *hazaña* e *in-*

dustria. La denominación de hazaña -por parte de Veblen- corresponde al papel que desempeña el varón -como sujeto físicamente más fuerte, más robusto- a la vez que más capaz de ejercer una tensión violenta y repentina; asimismo -en la opinión de Veblen- el macho está más fácilmente inclinado a la autoafirmación, a la emulación activa y a las conductas agresivas. En cambio, el quehacer de la industria representa un esfuerzo encaminado a crear una cosa nueva, un objeto original, el cual tiene una finalidad novedosa que le viene dada por la mano moldeadora -oposición del pulgar en relación con los otros dedos de la mano, hecho que aparece en el proceso de hominización- de quien la efectúa empleando material pasivo o materia bruta, producto de haberla extraído de la naturaleza. En este sentido debe considerarse el papel que representa la hazaña, en cuanto es capaz de producir un resultado que es útil para el agente, se trata entonces de la conversión hacia los propios fines del actor social, que no necesariamente han de pertenecer al orden de lo material.

Aquellas ocupaciones clasificadas socialmente como proezas -hazañas en la terminología vebliana- son dignas, honorables y nobles, por lo que merecen ser ejecutadas por los individuos que tienen a su cargo las actividades del gobierno y de la guerra dentro del ámbito de la comunidad que así lo pactó previamente con ellos (Hobbes, 1651); en tanto que aquellas actividades que no contienen los elementos de proeza señalados, de hazañas, como aquellos otros quehaceres que llevan implícito en sí mismos la condición de la servidumbre y la sumisión, son considerados indignos, degradantes y a la par que innobles para ser actuadas por los hombres de honor, que son los que gobiernan.

El tema recurrente acerca del "honor" por parte de Veblen nos obliga a realizar algu-

nas reflexiones al respecto. Según Pitt-Rivers (1999), "*Originalmente la palabra honor (del latín honos) designaba una divinidad que representaba el coraje de la guerra. Posteriormente significó la concesión de tierras merecidas por la victoria, y luego esta base material sirvió para la elaboración de un concepto moral de extrema complejidad, por no decir ambigüedad*". El concepto de honor es sumamente ambiguo en ciencias sociales debido a sus múltiples acepciones, que han provocado más muertes que la peste, ya que el honor, pese a su multivocidad, es simultáneamente un hecho social objetivo a la par que un sentimiento de profunda subjetividad.

Curiosamente, el honor no es una cualidad exigida a todos por igual en una comunidad; así, las mujeres no deben "lavar su honor con sangre" batiéndose a duelo por una disputa marital, mientras que los siervos pueden ser ofendidos por quienes ocupan un status superior al de ellos, sin que esto pueda leerse como una ofensa a su honor. Y esto es así porque el honor es un bien que se puede comprar. Es verdad, no está en venta en los negocios, pero se adquiere a través de la intermediación de bienes y se lo mantiene merced a conductas, tal como tan bien lo describe Veblen.

En la lectura de la extensa obra de Veblen, él apunta que por una necesidad selectiva el hombre es un agente que permanentemente está buscando, en cada uno de los actos que realiza, la coronación de algún fin concreto, objetivo e impersonal. Esto explica que sienta gusto y placer por realizar el trabajo de manera eficaz y productiva, simultáneamente que sienta disgusto por el esfuerzo fútil, inútil. A esta manera de actividad, o de propensión tendencial para el trabajo, es a la cual Veblen denomina con el nombre de "*instinto del trabajo eficaz*" (10).

Nuestro autor observa que durante el largo proceso en que tiene lugar la evolución cultural de la humanidad, la aparición de una clase ociosa coincide con el comienzo del sentido que se atribuye a la propiedad privada. La primera forma de propiedad que él encuentra en sus estudios, es la propiedad que tienen los “machos” sobre las mujeres, las cuales son tomadas como un objeto propio y que son “*disfrutadas por los hombres físicamente aptos*” que habitan en la comunidad de que se trate. Este concepto inicial de propiedad más tarde es extendido a todos aquellos productos que emergen de su industrialización y, de esta manera, es que surge la propiedad sobre los objetos materiales, la cual es añadida y extendida a la concepción ya existente de propiedad sobre las personas, tal el caso de las mujeres y de lo que más tarde sería la institución del esclavismo. La propiedad sobre las mujeres aparece como una derivación de la cultura bárbara por la aprehensión de cautivas que pareciera ser que eran utilizadas como trofeos. Esta es una forma más de poner en evidencia la capacidad que tienen “*los hombres afortunados*” para generar -y así exhibir- sus proezas.

Veblen consideraba que dondequiera que existiese instalada la institución de la propiedad privada, el proceso económico presentaría como característica distintiva y especial la lucha entre los hombres -a veces encarnizada- por la posesión de los bienes escasos. La eficacia industrial es llevada a un punto tal que les permite -a los que intervienen en tal proceso- “*... conseguir algo más que los medios mínimos de subsistencia*” disponibles originariamente como propósito de consecución del quehacer en cuestión.

Suele sostenerse convencionalmente -desde una lectura meramente econométrica- que el fin último de la adquisición y la acumulación de propiedades es el consumo de aque-

llos bienes que han sido acumulados. Sin embargo, el propio Veblen -que luego fue ampliado, aunque sin tener mayormente en cuenta sus contribuciones, por la moderna psicología y sociología- observó que existe otro móvil -muchas veces oculto para los actores sociales- en la propia raíz de la institución de la propiedad privada, cual es el afán por la emulación (11), la “*... que ofrece el incentivo del que deriva invariablemente la acumulación. El móvil que hay en la raíz de la propiedad es la emulación*”. De tal manera, la posesión de riquezas materiales y de bienes simbólicos, confiere honores especiales a sus detentores y así se puede convertir en una distinción valorativa que sirve para otorgar una mayor preeminencia dentro de la escala de estratificación social vigente a quienes las poseen.

Es preciso señalar que Veblen hizo un valioso aporte psicosociológico a la comprensión del fenómeno social del consumo, como hecho individual y de masas, aunque dicho tratamiento quedó restringido solamente al espacio del consumo ostentoso, que era su principal preocupación. Nuestro autor nada dijo acerca de la práctica consumista como una forma de “tapar agujeros” ante la presencia de “faltas” de orden psicológico. Y mal podía haberlo hecho, ya que él no era psicólogo de profesión y poco sabía al respecto ni tampoco le interesaba este hecho en particular. Pero, sus notables aportes psicosociales al consumo ostentoso fueron más que suficientes como para que la ciencia psicológica le estuviera en deuda y se vea obligada a estudiar -una y otra vez- sus valiosos aportes con mayor detenimiento que el que se le ha prestado hasta la fecha que, sin dudas, han sido escasos y pobres.

Asimismo, Veblen observó que en el espacio de una organización comunitaria, dónde la mayor parte de los bienes son de pro-

propiedad privada, la necesidad de ganarse la vida -el sustento cotidiano- resulta ser un incentivo poderoso y omnipresente para los miembros más pobres que habitan en ella. Atinadamente llegó a afirmar, sin necesidad de aparecer como un teórico marxista, que la propiedad privada nació, se desarrolló y llegó a ser una institución humana y social por motivos ajenos a la subsistencia, que no guardan relación alguna con los mínimos necesarios para vivir adecuadamente. Entonces llega a concluir que el incentivo dominante de los hombres fue, desde el principio, la especial distinción valorativa que se le atribuye a quienes poseen la propiedad privada, lo que viene unido a la posesión y exhibición de la riqueza.

La fase inicial del proceso de la propiedad -caracterizada por una fase de adquisición mediante la aprehensión de bienes y la posterior conversión de los mismos, hechos de una manera casi ingenua, de aquellos bienes aprehendidos por la fuerza a la naturaleza, o a otros agrupamientos humanos- comienza a transitar el camino hacia el estadio subsiguiente. Esto sucede a partir de una organización incipiente de las actividades de la industria y se hace sobre la base de la propiedad privada merced a la utilización de una nueva institución, cual es la de la esclavitud, hasta que de esa manera llega a convertirse en una comunidad industrial más o menos autosuficiente para el logro de sus necesidades. En este punto es que la tenencia de posesiones comienza a ser valorada por los otros y terminan por convertirse en una prueba más de la prepotencia con que se manifiesta el poseedor de esos bienes sobre otros individuos de la misma comunidad, e incluso, también de otras agrupaciones sociales.

Es en este lugar del análisis que la propiedad privada se presenta con el carácter particularísimo que representan los trofeos logra-

dos, haciéndose así objetos utilizables para exhibir públicamente ante el conjunto de los otros, muchos de ellos posibles y eventuales competidores futuros. Estos trofeos fueron conseguidos con el “juego” de la propiedad practicado entre los miembros del grupo, para lo cual se han utilizado “... *los métodos cuasi-pacíficos*” que caracterizan a los estilos de vida nómades. Aquí es dónde la propiedad se ha convertido en la prueba más irrefutable de que fácilmente sirve para demostrar el grado de éxito honorable que se ha alcanzado, constituyéndose así “... *en el sentir popular*”, en la base socialmente convencional de estima y aprecio por parte de los miembros del grupo. “*La riqueza es ahora intrínsecamente honorable y honra*” a quienes tienen el privilegio de poseerla. Más, con el paso de los tiempos, la riqueza adquirida en forma pasiva -por la herencia- se convertirá, “... *por un refinamiento ulterior, en más honorífica que la adquirida por el propio esfuerzo del poseedor*”.

Y es aquí dónde la situación de comparaciones sociales comienza a complicarse, es obvio que en tal juego de logros hay algunos miembros del grupo que triunfan en sus propósitos -la minoría- y otros que pierden o fracasan -en este caso son la mayoría de ellos-, lo cual genera una relación de desequilibrio. Mientras el proceso de comparación sea claramente favorable, para quienes están ubicados en esa posición de triunfadores no existirán problemas mayores; en tanto que, cuando los resultados de la competencia le han sido francamente desfavorables en la posesión de bienes materiales -y también en la de los simbólicos- entonces “... *el individuo medio, normal, vivirá en un estado de insatisfacción crónica*”, algo que ha sido definido por el psicoanálisis -y que ha tomado patente de criterio universal en todas las escuelas psicológicas- bajo el nombre técnico de frustración. Por más am-

plia, igualitaria o equivalente conque pueda estar hecha la distribución de la riqueza entre los miembros de la comunidad, ningún aumento general de ella que se produzca puede avanzar en dirección a lograr saciar esta necesidad -de tipo social- cuyo fundamento primario es el deseo individual -cuya expresión puede ser tanto de naturaleza consciente o inconsciente- por alcanzar a superar a cada uno de los demás individuos y grupos de la colectividad en la acumulación de bienes, sobre la base de la excedencia de sus logros económicos y que se trasuntan en la posesión de bienes con un alto valor simbólico.

Resulta por demás interesante el análisis que hace Veblen sobre la necesidad de acumular más y más riquezas. Este es un hecho que ha sorprendido a más de un psicólogo o sociólogo, costándole encontrar una explicación tan plausible como la lograda por nuestro autor. Veblen tiene en cuenta lo que él llama “*el propio respeto*” y que en el ámbito de la psicología ha recibido diferentes nombres, como el de autovaloración, autoestima, etc. En este sentido, Veblen se adelanta a la idea de “grupo de referencia y de pertenencia”, tan bien descritos por Merton (1964) casi medio siglo más tarde, al señalar que “*En cualquier comunidad donde los bienes se poseen, por separado, el individuo necesita para su tranquilidad mental poseer una parte de bienes tan grande como la porción que tienen otros con los cuales está acostumbrado a clasificarse; y es agradable poseer algo más que ellos*”.

Pero aquí no terminan sus análisis, sino que agrega que los individuos al acostumbrarse a los nuevos niveles de riqueza, estos dejan de reportarle las satisfacciones originales y comienza una nueva etapa de mayores búsquedas de posesiones, siendo el nivel que se ocupa en un momento determinado la base

para despertar el deseo por alcanzar otro nuevo nivel superior de mayor cantidad y calidad de posesiones, todo lo cual termina por convertirse en una suerte de círculo vicioso donde nunca se encuentra el límite más alto, el techo para la ambición. “*Es constante la tendencia a hacer que el nivel pecuniario actual se convierta en punto de partida de un nuevo aumento de riqueza; y a su vez esto da un nuevo nivel de suficiencia y una nueva clasificación pecuniaria del individuo comparado con sus vecinos*”.

Estos párrafos de Veblen pueden ser esclarecedores para llegar a comprender la dinámica actual en los fenómenos de corrupción (Rodríguez Kauth, 1992, 1999), los cuales se han puesto tan de moda durante el Siglo XX. Asimismo, dichos análisis pueden ser un pie para comprender el porqué, las razones que permitan interpretar psicológica como sociológicamente, el actual estado de perversión que se vive dentro de los ambientes políticos y económicos que rigen los destinos de los países subdesarrollados (Rodríguez Kauth y Falcón, 1997). El clima de parafernalia dispendiosa y exhibicionista por el cual transitamos es, quizás, comprensible desde esta lectura vebliana de una realidad que supera con creces las fantasías mil y una nochescas, que fuera tan bien descrita por sociólogos, economistas y hasta novelistas, como es el caso de García Márquez.

Más, Veblen aclara que el sentido de provocar envidia y la estima de los semejantes en la acumulación no es por sí mismo el único que se encuentra presente para la adquisición de bienes. También está presente el sentido de “... *una mayor comodidad y seguridad*”, que asimismo participa en la respetabilidad de la persona. Y no olvida, nuestro autor, el sentido de poderío que adjudica la riqueza acumulada.

Pero, retomando al propio Veblen, él mismo destaca que al producirse el pasaje al estadio depredador -durante la evolución social de la especie humana- aparece un fenómeno singular, cual es el del “*egoísmo*” -lo llama textualmente así-; dicho esto en el sentido más estricto en que pueda ser descrito. Tal figura tuvo la oportunidad de convertirse en la nota dominante del estadio depredador. Esa especial propensión hacia las conductas egoístas, hacia lo individual, sigue acompañando a los individuos a lo largo de su evolución histórica como un rasgo penetrante y distintivo que tiene la particularidad de llegar a modelar sus esquemas generales acerca de la vida. La tendencia a lograr un resultado exitoso y el consecuente desagrado -y hasta la repugnancia- por lo que él denomina “*el esfuerzo fútil*”, continúan siendo los incentivos para los motivos económicos que subyacen a la base de todas las prácticas del quehacer competitivo dentro de la comunidad de pares.

El efecto inmediato que produciría la lucha por la obtención de los objetos pecuniaros sería hacer que todos los hombres fuesen igualmente industriosos, es decir, laboriosos; a la vez que tengan la virtud de presentar conductas de tipo frugal en el desarrollo de su vida cotidiana, tanto en la intimidad, en lo privado, como en la faz pública. Es decir, con este planteamiento de “... *hacer a los hombres industriosos y frugales*” -que suena casi a un contenido de tipo religioso (12) nos encontramos ante una clara posición de defensa de una ética rigurosa, semejante a la que en Argentina propusiera -pocos años más tarde- el célebre pensador José Ingenieros (1917).

En el discurso de Veblen, las clases menos privilegiadas también merecen un lugar para su análisis. Al respecto, señalaba que en el reparto y búsqueda de la riqueza, “*Estas no pueden eludir en ningún caso el trabajo*” y,

la dedicación a éste no es algo denigrante para los miembros de los sectores implicados en el trabajo, “... *al menos dentro de su propia clase*”. Estos individuos “... *tienen un cierto orgullo emulativo*” por conseguir una evaluación reputable de eficiencia y eficacia en su quehacer laboral, ya que el mismo es -a menudo- “*la única línea de emulación*” competitiva que está al alcance de sus limitadas posibilidades. Para quienes se encuentran en tal situación, “*solamente la eficiencia productora y el ahorro, la lucha por la respetabilidad pecuniaria operará en cierta medida en el sentido de aumentar la diligencia y la sobriedad*”. En el pensamiento de Veblen el trabajo no era una condena ni estigma social, ni tampoco de carácter físico, aunque es preciso recordar aquí que P. Lafargue (1880) -quien estaba casado con la hija predilecta de K. Marx- había escrito un opúsculo (1880), en el cual señalaba -a contrapelo de los famosos argumentos que sostenía su suegro- que el trabajo no dignifica, la dignificación del hombre solamente la logra la pereza y el ocio, a la par que sostenía que el trabajo es, en todo caso, una condena para aquel que debe vivir del mismo.

En el espacio de la antigua cultura depredadora, el trabajo físico estaba asociado -en los ámbitos de pensamiento de los hombres, es decir, por los contenidos que transitan el imaginario social- con la debilidad y el sometimiento constante a la sujeción de un amo; el trabajo físico era considerado como una rebaja en la estima social. Por lo que el trabajo era considerado una indignidad impropia de alguien que ocupara una “*buena posición*”. En función de lo expuesto por Veblen, es que de tal forma, eran condenadas y evitadas aquellas ocupaciones que resultaban ser vulgarmente productivas, es decir, que implicaran algún esfuerzo físico. Los hombres reflexivos han considerado siempre como requisito necesari-

rio e indispensable para poder llevar una vida humana digna, bella e, incluso, irreprochable, un cierto grado de capacidad de ocio y de exención de todo contacto con los procesos industriales que sirven a las finalidades cotidianas inmediatas de la vida humana. A los ojos de todos los hombres civilizados, la vida de ociosidad es bella y ennoblecedora en sí misma y en sus consecuencias.

El valor directivo, subjetivo, del ocio, es un reflejo de la utilidad del ocio como medio para conseguir el respeto de sí mismo a la vez que el de los demás. “*Para ganar y conservar la estima de los hombres no basta con poseer riqueza y poder. La riqueza y el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima sólo se otorga ante su evidencia*”.

La abstención del trabajo no es sólo una capacidad honorífica o meritoria intrínseca, sino que llega a convertirse en un requisito impuesto por los criterios del decoro. La ferviente insistencia en la propiedad privada como base de la reputación positiva fue muy ingenua, a la par que imperiosa, durante los primeros estadios del proceso de acumulación de riqueza. Esta abstinencia del trabajo físico al servicio de otros se convirtió en la prueba convencional de la posesión de riquezas y, por consiguiente, fue la marca convencional de que se estaba ocupando una buena -en el sentido de alta- posición social en el sistema estratificadorio de que se tratase; esta permanente insistencia en los méritos que atribuye la riqueza ha conducido a una repetitiva insistencia más vigorosa en la práctica de una vida ociosa.

Por otro lado, señala Veblen, simultáneamente hará su aparición una clase ociosa a la que denomina “secundaria”, la cual, en cierto sentido puede ser considerada como espuria, “*despreciablemente pobre*” y dónde las vidas de sus integrantes estarán cargadas de

precariedades, plagadas de necesidades de todo tipo y de incomodidades; ésa tipificación de clase tendrá que ser necesariamente de tales características morales que la convertirán en incapaz de lanzarse de lleno al emprendimiento de auténticas “*empresas lucrativas*”.

El término “ocio” es sinónimo de holganza, haraganería, descanso, inacción, reposo, etc. Sin embargo, en el pensamiento de Veblen puede ser resumido como que “*significa dejar pasar el tiempo sin necesidad*” de hacer alguna cosa productiva. Esta lectura del ocio en Veblen obedece principalmente a dos razones:

1) “*Por el sentido de la indignidad implícita que conlleva el trabajo productivo*”; y
2) “*Como forma de demostración de la posesión de una capacidad pecuniaria que permite una vida de ociosidad*”.

Destaca Veblen que el ocio, expresado en su sentido más estricto y, a diferencia de la hazaña y del esfuerzo productivo, no tiene capacidad alguna de dejar ningún producto material que pueda ser útil a la sociedad, aunque no por eso deja de tener una utilidad práctica instrumental para el sí mismo de sus protagonistas, a la vez que poseer un carácter simbólico.

Veblen encuentra verdadero aquello de que varias generaciones con prácticas de ociosidad dominante dejan un efecto larvado persistente y perceptible en la conformación de la estructura de la personalidad, lo cual es aún mayor en el testimonio de su conducta cotidiana y de los modales utilizados habitualmente como forma de comportamiento.

Surge, además, una clase ociosa subsidiaria, o derivada, cuya tarea es la práctica permanente de un ocio vicario, el cual es utilizado -de manera especular- para mantener en alto la reputación de la clase ociosa primaria, o también auténtica, en el decir de Veblen. El ocio al que están habilitados a practicar los in-

dividuos de la clase servil, que se encuentra exenta del trabajo productivo propiamente dicho, es sólo un esfuerzo -otro más- que se les exige a los miembros de la servidumbre y que no se encuentra precisamente dirigido -de modo primordial o normal- a la comunidad de quienes pertenecen a ella.

Una parte de la clase servil, especialmente la compuesta por las personas cuya ocupación es precisamente la de la ociosidad vicaria, está obligada a asumir nuevas obligaciones, como es el consumo vicario de bienes. La expresión más patente en que se realiza esta práctica de consumo se puede observar en el uso obligatorio de -entre otros objetos simbólicos- las libreas, cofias, etc. que estaba conminada a usar la servidumbre (13) como asimismo a hacer un consumo de tipo diferencial en determinados tipos de alimentos, de vestimentas particulares, de habitación y de mobiliario.

La etapa de comienzo en la costumbre del consumo antecedió a la fortaleza y potencia pecuniaria, la misma se encuentra ya en la fase inicial de la cultura depredadora y aún antes de los comienzos propios de la vida depredadora. Veblen entiende que la utilidad que le presta -a los individuos y colectivos- el consumo como una demostración -forma de exhibición- de la posesión de riquezas ha de ser clasificado como un proceso derivado del que poseyó en sus orígenes remotos, los cuales pueden ser ubicados en la etapa primitiva del nomadismo.

De este modo, cuando se arriba al más evolucionado estadio industrial, la clase industrial baja -obrera- está obligada a consumir única y solamente aquello que le es necesario para su subsistencia física; en tanto que el lujo y las comodidades de la vida le pertenecen exclusivamente a la recientemente aparecida nueva "clase ociosa".

Así fue como el uso de las bebidas embriagantes y de sustancias narcóticas, al ser artículos de consumo de alto costo monetario, eran consideradas por la sociedad como productos característicos de los nobles y hasta se las tenía por honoríficas. Llegaron a representar el significado -en una segunda instancia- de la ubicación de status superior de aquellos que tenían la capacidad de costearse esos placeres considerados exquisitos. Esta peculiar distinción valorativa en el consumo trajo añadida una desaprobación explícita de uso corriente para todo exceso de ésta naturaleza por parte de las mujeres, de los menores de edad y de los sujetos inferiores (15). Como la mujer era considerada algo así como una "cosa", ellas debían consumir únicamente lo que les era imprescindible y necesario para su propio sustento y el mantenimiento de la vida y desarrollo de la prole, que era lo único que tenían a su cargo y responsabilidad de manera exclusiva como actividad socialmente valorada.

Durante las primeras etapas del desarrollo económico capitalista, el consumo ilimitado de bienes y servicios, en especial de aquellos bienes que representaran una mejor y mayor calidad, correspondía de manera normal únicamente a los miembros de la clase ociosa. Tal tipo de restricción ha tendido a ir desapareciendo durante el estadio pacífico posterior de la propiedad privada de los bienes de producción y de un sistema industrial que se basaba, fundamentalmente, en la explotación de los trabajadores asalariados, o bien en las formas y estructuras de las economías de la comunidad doméstica de tamaño pequeño.

El caballero perteneciente a la clase ociosa, que vivía durante el estadio cuasi pacífico, no solamente consumía los objetos y servicios que le ofrecía el entorno, consumo que se hacía por encima del mínimo necesario

para la subsistencia y la eficiencia física, sino que el mismo llegó a sufrir también una particularísima especialización, por lo que se refiere a la sofisticada calidad de los bienes consumidos. El consumo de esos bienes, de una mayor excelencia en su elaboración y producción, dan por supuesta una demostración -ante los ojos de los otros- de la riqueza poseída, lo cual lo convierte en un consumo de tipo honorífico; por el contrario, la imposibilidad manifiesta de consumir en cantidad y calidad hacía que sus vidas se convirtieran en un signo de inferioridad y demérito.

Asimismo, para evitar el embrutecimiento cultural, los caballeros estaban obligados a cultivar el estilo de sus gustos y aficiones; así, les correspondía ser capaces de distinguir entre los bienes formalmente consumibles y los no consumibles de todos los que se le presentaban en oferta dentro del mercado, con lo cual aprendían a vivir una vida de ocio ostensible -y ostentoso- de manera que éste favoreciera y aumentara su reputación y estima social. Es por esa causa que aparecen los buenos modales y las costumbres exquisitas, las normas de etiqueta, la conformidad con la norma del ocio y el consumo ostensible y conspicuo.

De tal manera que, conforme se acumulaba la riqueza, se fueron desarrollando cada vez más las características típicas de la clase ociosa, por lo que se refiere a sus estructuras y funciones, a la par que va emergiendo una necesaria -socialmente hablando- diferenciación dentro de su propio seno. La herencia material recibida de los mayores y la hidalguía, iban unidas a una forma de herencia muy particular: la de la ociosidad obligatoria. La "sangre" hidalga bien puede ser transmitida de generación en generación sin transmitir necesariamente a la vez bienes materiales suficientes, de ahí resulta una clase de caballeros

ociosos que no poseen riqueza, pero que para mantener su posición caballeresca se alían a los más poderosos mediante la utilización de un sistema de dependencia o feudalismo (16).

El consumo del ocio, practicado por estos caballeros al servicio de un amo, representaba una suerte de inversión laboral hecha para mantener y hasta para aumentar su buena fama y estima, pese a no contar con recursos propios suficientes. Al hacerse más amplio el grupo, cuya buena estimación se trata de asegurar de este modo, se necesitan medios más patentes para indicar la imputación del mérito, a través de la utilización de uniformes, distintivos, banderas y hasta la obligación de usar libreas.

Cuando la realización de estas tareas serviles tiene algo que ver con las ocupaciones primarias de la clase ociosa, entonces adquieren fácilmente un carácter honorífico de tipo reflejo, vale decir, surge una especie de identificación vicaria con el patrón que lo alimenta, lo sostiene económicamente y le permite vivir en su castillo.

En el ámbito de las comunidades de la cultura occidental esta clase ociosa siempre ha ocupado el lugar de la cabeza -el vértice- de la pirámide de estructuración social en cuanto a la calidad ostensible de su "buena" reputación; su manera rumbosa de vivir, a la par que sus particulares criterios axiológicos le proporcionan la normativa que les es útil y que sirve a toda la comunidad para medir los criterios de la reputación.

En el espacio de las comunidades civilizadas modernas, las líneas de demarcación, de separación, entre las clases sociales se han hecho vagas, difusas e inestables, esto se ha producido merced a la pérdida del valor social acordado a la herencia y al reemplazo de ésta por las adquisiciones de naturaleza educativas; de esta forma, la norma que gradúa la re-

putación extiende su influencia coactiva a lo largo de la estructura social en dirección hacia los estratos más inferiores. El basamento sobre el que descansa la buena reputación en toda comunidad industrial es la fortaleza pecuniaria y, los instrumentos de mostrar la posesión de tal fortaleza para alcanzar un “buen” nombre, son la práctica del ocio y mantener un consumo ostensible permanente de bienes, aunque la mayor parte de las veces los mismos sean realmente innecesarios. En cambio, en los estratos inferiores ambas tareas son delegadas -en buena medida- en las figuras familiares de la esposa y de los hijos.

Destaca Veblen -con acierto- que ninguna clase social, ni siquiera la más miserablemente pobre, la más misérrima, abandona por completo todo consumo ostensible y hasta conspicuo. Así, los hombres son capaces de soportar muchas miserias, penurias e incomodidades, antes de abandonar la última bagatela o apariencia de decoro pecuniario.

Veblen atribuye el valor “... *subjetivo del ocio y de las otras demostraciones de riqueza*” a una especie de “... *resultado de una sustitución mental*” como medio de obtener el respeto de los demás. Es decir, Veblen con esto está hablando del concepto de status, o de posición social, que más tarde se hiciera clave en los estudios de tipo psicociológico.

Como se ha podido observar hasta este punto -y se podría continuar haciéndolo con todo el texto de su obra- Veblen utiliza de manera constante recursos del lenguaje y la técnica psicológica en sus sesudos análisis. Por tal razón es que hemos querido rendirle -con estas páginas- un sentido homenaje a quien -en nuestro criterio- fuera el que iniciara las relaciones que todavía no están lo suficientemente extendidas ni consolidadas entre la psicología y la economía. Se puede argüir que el presente estudio comentado es más sociológico

que económico, lo cual es verdad, pero no se debe olvidar no solamente la formación académica de Veblen, sino que el presente estudio está basado en una íntima relación entre la economía y la sociología, de la cual se pueden derivar extensiones interesantes y valiosas para con la psicociología y los aún más modernos desarrollos de la psicología política.

Para finalizar con el tratamiento del ocio, no podemos dejar de citar unas líneas escritas por el filósofo inglés B. Russell (1935), las cuales tienen absoluta vigencia como prognosis para la actualidad del mercado laboral que se vive angustiosamente en todo el mundo, y que Veblen no tuvo en cuenta cuando habló de la ociosidad. Si bien es cierto, lo que reproduciremos a continuación tiene poca relación con el texto que aquí nos ha ocupado, sin embargo entendemos que es preciso tenerlas en cuenta en los momentos actuales.

Russell señaló que: “*Supongamos que en un momento dado un cierto número de personas están empleadas en la manufactura de alfileres. Trabajando, por ejemplo, ocho horas diarias hacen tantos alfileres como necesita el mundo. Alguien elabora un invento que permite que el mismo número de personas fabriquen el doble del número de alfileres que antes. Pero el mundo no necesita tantos alfileres, y ya son tan baratos que difícilmente podrán venderse a un precio inferior. En un mundo racional, las personas ocupadas en la manufactura de alfileres emplearían cuatro horas en lugar de ocho y todo seguiría como antes. Pero en el mundo real se pensaría que esto es desmoralizante. Los hombres todavía trabajan ocho horas, hay demasiados alfileres, algunos patronos quiebran y la mitad de los hombres que antes se dedicaban a este trabajo pierden su empleo. Al fin se obtiene tanto ocio como con el otro plan, pero la mitad de los hombres están totalmente ociosos, mien-*

tras que la otra mitad trabaja en exceso. Así es como se asegura que el inevitable ocio cause la miseria que nos rodea, en vez de ser una fuente universal de felicidad. ¿'Podemos imaginar algo más absurdo'?".

Notas

1. Que, curiosamente no era sociólogo de grado académico ni de quehacer profesional, sino que él había obtenido una graduación en economía y fue durante muchos años profesor universitario en esa disciplina.
2. Lejos estaba Veblen de sospechar que menos de cien años más tarde, el reclamo del ocio planificado estaría inserto en las reclamaciones de buena parte del proletariado internacional que ve en tal forma de actividad (inactividad) una expresión a sus demandas de mayor justicia social y equidad.
3. Dentro de las instituciones sociales Veblen incluyó a los usos y costumbres a la par que sostenía que los mismos tenían en común tres características nefastas para el desarrollo social: despilfarro, rapacidad y arcaísmo.
4. Aquí se puede observar la influencia del darwinismo social y, simultáneamente, la del anarquismo utópico, ya que se trasunta una suerte de valoración positiva en sus juicios por el pasado bucólico del primitivismo.
5. Como por otra parte era la forma de vida en que se crió de Veblen durante su niñez y juventud, antes de incorporarse al sistema universitario.
6. Aunque parezca paradójico, actualmente también los miembros de las aristocracias y oligarquías conservan y protegen tales territorios que les facilitan una identificación clara de posición social.
7. Siempre han sido ambos estamentos buenos aliados en su búsqueda de lograr el Poder y asentarse en él (Rodríguez Kauth, 1998).
8. Por aquello de como definió Weber (1944) al Estado: la capacidad de tener el monopolio de la fuerza física (violencia), cosa que los guerreros siempre tuvieron a su disposición precisamente por su cercanía a las armas, cualquiera estas sean.
9. Obviamente que en esta lectura analítica la guerra no es sinónima de la concepción de Von Clausewitz, que concebía a "la guerra como la prolongación de la política por otros medios".
10. En 1898 publicó en **Journal of Sociology** "The instinct of Workmanship", desarrollando el instinto de laboriosidad.
11. El uso del término emulación es clave para comprender los posteriores análisis veblianos acerca del consumo ostentoso y la ruptura epistemológica que él efectuó con los tratadistas económicos tradicionales.
12. Del tipo que excelentemente fuera descrito por M. Weber (1955). Asimismo, no se deben olvidar las influencias familiares recibidas por Veblen en su crianza infantil, ya que su niñez transcurrió junto a sus padres en hogar de inmigrantes noruegos protestantes.
13. Esta particularidad de hacer utilizar ropas distintivas para la servidumbre, es otro elemento simbólico de utilidad para aquellos que "trabajan" de patrones.
14. Como puede observarse, las mujeres entraban en la misma categoría de los inferiores, al igual que los menores de edad.
15. Esto se hizo notable durante la Baja Edad Media, en que muchos caballeros, desposeídos de bienes materiales con los que alimentar y criar sus caballerías, se vieron

obligados a ponerse al servicio de algún señor feudal rico y poderoso que los proveía de campos -terrenos- lo suficientemente grandes en los cuales poder hacer la cría de sus equinos. Fue una forma de convertirse en lo que luego se conocería con el nombre de mercenarios.

Bibliografía citada

- Hobson, J. A. (1936). **Veblen**. F. C. E., México, 1978.
- De Grazia, S. (1962). **Of Time, Work and Leisure**. Twentieth Century Fund, New York.
- Freud, S. (1913). **Tótem y Tabú. Obras Completas**. Amorrortu, Buenos Aires, 1991.
- Goffman, E. (1959). **La presentación de la persona en la vida cotidiana**. Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- Hobbes, Th. (1651). **Leviatán**. Ed. Nacional, Madrid, 1979.
- Ingenieros, J. (1917). **Hacia una Moral sin Dogmas**. Mar Océano, Buenos Aires, 1960.
- Lafargue, P. (1880). "El derecho a la pereza". Publicado parcialmente bajo el título "Un dogma desastroso". **Revista Disenso**, Palmas de Gran Canarias, N° 7, 1994.
- Marín, L. y otros (1993). "Aporte metodológico al conocimiento de la alienación social". **Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina**, Buenos Aires, Vol. 39, N° 3.
- Merton, R. K. (1964). **Teoría y Estructuras Sociales**. F. C. E., México.
- Oblitas, L. y Rodríguez Kauth, A. (1999). **Psicología Política**. Ed. Plaza y Valdés, México.
- Pitt-Rivers, J. (1999). "La enfermedad de honor". **Anuario Instituto de Estudios Histórico Sociales**, Tandil, N° 14.
- Rodríguez Kauth, A. (1992). **Psicología Social, Psicología Política y Derechos Humanos**. Ed. Universitaria, San Luis y Ed. Topía, Buenos Aires.
- Rodríguez Kauth, A. y Falcón, M. (1997). "Sublimación y Perversión en Política". **Revista Extensiones**, México, Vol. 4, N° 1-2.
- Rodríguez Kauth, A. (1998). **Temas y Lecturas de Psicología Política**. Editores de América Latina, Buenos Aires.
- Rodríguez Kauth, A. (1999). "La corrupción y la impunidad leídas desde la psicología política". En Oblitas y Rodríguez Kauth.
- Russell, B. (1935). **In Praise of Idleness and Other Essay**. Allen & Unwin, Londres.
- Sinclair, U. (1906). **La Jungla**. Claridad, Buenos Aires, 1945.
- Veblen, Th. (1899). **Teoría de la Clase Ociosa**. Hyspamérica Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1985.
- Veblen, Th. (1904). **Teoría de la Empresa de Negocios**. Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1965.
- Veblen, Th. (1904). **The instinct of Workmanship and the State of Industrial Arts**. New York: Macmillan.
- Weber, M. (1944). **Economía y Sociedad**. F. C. E., México.
- Weber, M. (1955). **La Etica Protestante y la Moral del Capitalismo**. Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid.